

**CUENTO N° 302**

**TÍTULO: LA SELVA QUE VIVÍ Y DEJÉ**

**SEUDÓNIMO: CATA**

**AUTORA: CATALINA LARRAÍN GEISSE**

## **LA SELVA QUE VIVI Y DEJÉ**

**Cata**

Estoy mirando por la ventana de mi linda casa. Mis hijos se preocuparon mucho de las vistas, de que las puertas fueran anchas, de que no hubiera escalones y otros miles de detalles que apuntan a que mi nueva condición sea más llevadera.

Desde aquí recuerdo mis aventuras y viajes que a tantos lugares me llevaron.

Recuerdo uno en particular a la selva tropical ecuatoriana que bordea la línea del Ecuador.

Recuerdo que la agencia que nos organizó el viaje citó al grupo varias veces en Santiago. Ahí nos presentaron las características del lugar y analizamos los cuidados previos como vacunas e implementos de autoprotección que debíamos llevar.

Recuerdo que partimos desde Santiago a Quito, a donde llegamos expectantes en un vuelo directo. Ahí sentí los signos físicos que acusó mi cuerpo por la altura y la humedad, cabeza abombada, bochornos, cansancio y lentitud al moverme, también una cierta dificultad al respirar. Esos síntomas era el ambiente en que viví los siguientes veinte días.

Recuerdo que la ropa se me pegó como segunda piel y el termo con te de coca que llevaba duraba muy poco. Siempre había remesa en el aeropuerto, en el bus de traslado y sin límite en el hotel donde pasamos las primeras noches antes de la partida a la expedición.

Recuerdo que, al despertar de una reparadora siesta, ya estaba con ánimo y más energía para salir a recorrer. Ese día visitamos la plaza central y la catedral.

Hicimos el recorrido de la famosa procesión de Semana Santa, conocida mundialmente por sus Verónicas que se cubren con un manto morado y lloran el vía crucis del Cristo del gran poder.

Recuerdo que en la tarde fuimos a la mitad del mundo y ahí me saqué una foto que sería el ícono de mi vida a partir de ese viaje; parada en mis dos pies, uno en cada parte de la línea del Ecuador.

Al día siguiente partimos a Baños, lugar emblemático para los jóvenes que vienen de todas partes y se juntan en ambientes alegres de música, deportes de aventura y artesanías propias que venden. Ahora recordando, me toco unos aros preciosos que le compré a una adolescente embarazada con un niño que aún no caminaba, en sus brazos.

Recuerdo esa mañana como si fuera hoy... cuando nos adentramos en la selva y cómo nos mostraban nuestros guías las diferentes especies florales que se daban ahí. Todas tan desconocidas para mí, que no me cansaba de percibir las y fotografiarlas. Cuando volviera a mi país quería preparar una exposición para mi familia.

Los monos se descolgaban de los muchos árboles que no nos dejaban ver el cielo; alguno trato de quitarle el sombrero que llevaba puesto el señor de adelante mío. Él era muy cuidadoso de sus cosas y la travesura del mono no se la tomó con humor. Tampoco estaba muy contento cuando llegó la noche y estos mismos personajes curiosos y saltimbanquis que nos acompañaron toda la travesía, no pararon de chillar.

Recuerdo que la noche la pasamos en “palapas” que nos protegían de los bichos y reptiles que abundaban en la zona. Estábamos eso sí cerca de un pueblo de aborígenes locales. Ellos nos cocinaron platos típicos en base a plátano, maíz y camarones. Puras delicias que aún disfruto recordando. Las recetas no las compartían, pero como a mí me gusta y sé de cocina, observando aprendí algunas técnicas en la preparación de los diferentes tipos de plátanos: distintos tamaños y colores, unos se cocinan recién sacados de la mata y otros hay que dejarlos madurar casi hasta que se pudran para molerlos con leche de coco y especias; las que se olían a lo lejos y me abrieron el apetito de inmediato.

Las mujeres vestían ropas bordadas por ellas mismas o heredadas. Llenas de colores y unas texturas que acusaban la manualidad y no la producción industrial. También era así con sus joyas: aros, colgantes y cintillos trenzados de textiles que hacían juego con sus faldas y blusas.

Recuerdo que yo estaba muy entusiasmada con colgarme de una liana. Ya había visto a varios que lo hacían y había practicado algunas veces algo similar en mi casa del sur de Chile. El panorama prometía ser una maravilla. Colgando de una y otra, avanzaría en medio de la impenetrable selva virgen y cruzaría al otro lado del río. Ahí nos prometieron que existía la mayor muestra de orquídeas sin invernadero que hay en el planeta.

¡Tenía que ver esa maravilla!

Caminamos kilómetros y kilómetros con una carga, ligera eso sí, porque unos hombres del lugar estaban contratados por algunos dólares, para llevar nuestro

equipaje. Esa idea me costó aceptarla, pero luego entendí que era su fuente de trabajo y la carga no era excesiva como para poner en peligro su salud.

Recuerdo la emoción que sentí cuando me topé con maravillosas flores: diferentes colores, texturas y de unos aromas que aun estando a la intemperie, lo inundaban todo.

Ángel, que fue nuestro guía local, me compartió su sabiduría sobre las plantas que había aprendido de su abuela. Ella tenía conocimientos ancestrales sobre todo tipo de plantas y hierbas del lugar, me decía. “Cuidado con esa que puede ser venenosa, o esta otra que mancha la ropa y la usan para teñir; esa sí es una orquídea, no como las que venden en el pueblo a los gringos”... y yo silenciosa y contemplativa, fui siguiendo sus pasos y absorbiendo sus palabras.

Recuerdo cada momento de ese viaje y hasta hoy puedo sentir en mi cuerpo la humedad y olor que desprendía la tierra mientras la pisábamos. Cómo iba a imaginar que esos pasos firmes con que me adentraba en lugares llenos de magia y encanto serían los últimos para mí.

- “Ya nos toca volver”, dice Mariela, quien hacía de cabeza del grupo y representante de la agencia. “Tenemos que llegar al otro lado del río con luz” y le daba instrucciones a Ángel para que avanzara mientras ella cerraba la columna. Yo quedé justo delante de ella.

Recuerdo que en esa vuelta ya me sentía más segura y tranquila porque ninguno de mis temores se habían hecho realidad. Fuimos avanzando cargados de

experiencias y en silencio para no perder los muchos ruidos y olores de la selva tropical que atravesábamos.

Nunca me imaginé que, al volver a colgarme de la liana, con el cansancio de las caminatas y de las noches durmiendo en el suelo, no resistiría la invasión de mosquitos en mi cara y manos, que me hicieron perder la vista y concentración necesarias.

Recuerdo mi despertar en un hospital perdido en el corazón del Ecuador, en la mitad del mundo y con la mitad de mi cuerpo que se quedaría a vivir ahí para siempre.

Vitacura, 30 de septiembre 2021